

ME SERÉIS TESTIGOS...
UNA INTRODUCCIÓN A LAS EPÍSTOLAS
ECLESIAÍSTICAS (6)



por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

VOLVAMOS A VISITAR... UNA NUEVA EXPANSIÓN I

“Y pasando a Frigia y a la provincia de Galacia”

Tras recorrer las regiones de Frigia y de Galacia, Pablo y Silas habían completado el objetivo básico de aquel segundo viaje misionero: visitar nuevamente las ciudades donde se habían constituido iglesias en su primer viaje (Hch 15:36). Aún así, no consideraron que ya fuera el momento de volver a Antioquía de Siria, sino que creyeron que era la oportunidad de alcanzar nuevas regiones con el Evangelio.

Evidentemente, tomaron la decisión bajo la guía del Espíritu Santo, puesto que el mismo Pablo indica que los evangelistas-misioneros se movieron conforme el Espíritu Santo les permitía o les prohibía.



En un primer momento pensaron ir hacia el oeste, a la región de Asia, hasta los mismos límites de Misia, pero Lucas dice que el Espíritu Santo les prohibió predicar la palabra en Asia (Hch 16: 6b) en aquel momento. Entonces, se plantearon ir hacia Bitinia, la región más al nordeste, a orillas del Mar Negro, pero el Espíritu Santo tampoco les permitió dirigirse hacia allí (Hch 16: 7). Sin saber qué hacer, tal vez pensando en cruzar hacia Europa o buscar un barco que fuese hacia Antioquía, cruzaron Misia, y llegaron a Troas, esperando recibir indicaciones divinas para saber la dirección que debían tomar (Hch 16:8).

“Pasa a Macedonia, y ayúdanos”

Fue durante ese impás, en Troas, que Pablo tuvo una visión por medio de la cual el Espíritu les indicó el camino que tenían que tomar. Pablo tuvo la visión por la noche, viendo un hombre macedónico que le pedía que fuese a Macedonia y los ayudase. Tras considerar la visión, concluyó que era una visión de Dios, y que a través de ella el Señor los llamaba a anunciar el Evangelio a los macedónicos en aquel momento (Hch 16:9-10).

Dicho y hecho, inmediatamente buscaron un barco que zarpase hacia Macedonia. Encontraron uno que, pasando por la isla de Samotracia, los llevó a Neápolis, una ciudad portuaria de Macedonia, desde donde se dirigieron a Filipos, la principal ciudad de la región (Hch 16:11-12). Así, Pablo, Silas, Timoteo y Lucas –puesto que Lucas se incluye en el relato desde el versículo 10– llegaron con el mensaje del Evangelio a Europa por primera vez.

Inicios de la obra en Filipos (Hch 16:13-40)

La primera ciudad europea en que aquellos evangelistas-misioneros anunciaron el Evangelio fue Filipos. Esta ciudad se encontraba a 18 kilómetros del Mar Egeo, en la Vía Ignaciana, y era un lugar clave para defender el Imperio de las invasiones del norte. Tenía la misma estructura política y cultural que Roma.

Lucas hace una descripción detallada de los inicios de la obra

en aquella ciudad, centrada en los hechos que llevaron a la conversión de Lidia y su familia, y del carcelero de la ciudad y su familia.

Pablo siguió el procedimiento habitual: primero buscó a los judíos de la ciudad, para anunciarles el Evangelio; y después se dirigió a los gentiles. Pero en Filipos no había el número mínimo de hombres para constituir una sinagoga, y los pocos judíos de la ciudad con algunos simpatizantes, se reunían al lado de un río que había a las afueras de la ciudad para la oración. El sábado que Pablo los visitó no había ningún hombre entre los reunidos, todos los presentes eran mujeres, exceptuando a los evangelistas cristianos. Entre las mujeres estaba presente, al menos, una mujer que aunque no era judía adoraba a Dios, se llamaba Lidia. Ella era de la ciudad de Tiatira, y se encontraba en Filipos por negocios: era vendedora de púrpura. Únicamente conocemos que Lidia y los de su casa creyeron al Evangelio, y fueron bautizados. La casa de Lidia fue el alojamiento de Pablo y sus compañeros en Filipos, y el primer lugar de reuniones cristianas en aquella ciudad (Hch 16:15 comp. v. 40).

La presencia de aquellos evangelistas y su mensaje se extendió por toda la ciudad. Incluso una muchacha con un espíritu pitónico no dejaba de repetir que Pablo y sus compañeros eran servidores del Dios Altísimo que anunciaban un camino de salvación. Un testimonio falso ya en su motivación, puesto que buscaba asociar el mensaje del Evangelio con los cultos idolátricos y diabólicos. Pablo hizo callar a aquel “espíritu” expulsándolo de la muchacha, y eso le llevó, junto con Silas, a la prisión de la ciudad.

Fue en la prisión de la ciudad donde Pablo y Silas entraron en contacto con otra familia que creyó en el Evangelio, la del carcelero de la ciudad. Aunque estaban en el cepo, Pablo y Silas orando cantaban himnos a Dios, y los que estaban presos los oían. Aquella misma noche se produjo un terremoto, que hizo pensar al carcelero que los prisioneros se habían escapado,

por lo que decidió suicidarse. Pablo le salvó la vida física, y a continuación, a la pregunta sobre qué se había de hacer para ser salvo, le anunció la Palabra del Señor a él y a todo su casa, que creyeron y lo confesaron mediante el bautismo.

Cuando marcharon de aquella ciudad, requeridos por las autoridades, dejaron un grupo de creyentes, “hermanos”, consolados, que se reunían en casa de Lidia.

Diferentes contactos de Pablo con esta iglesia

Todo lo anterior se produjo hacia el año 52 d. C., y parece que entre los años 52 y 57 Pablo tuvo repetidos contactos con esta iglesia: concretamente en el año 57 los visitó en dos ocasiones, durante su tercer viaje misionero (2Co 1;16; Hch 19:21-22; 20:1-3, 6).

Introducción a la Epístola a los Filipenses

Esta epístola formaría parte de aquellas que Pablo escribió a lo largo de su encarcelamiento en Roma (junto con Efesios, Colosenses y Filemón) hacia el año 62 o 63 d. C.

Entonces hacía unos 10 años de su primera visita a Filipos, del inicio de la iglesia de aquella ciudad, durante su segundo viaje misionero; aún así, los hermanos todavía mantenían una relación muy especial con el apóstol. Muestra de esto es que una de las razones por la que les escribió esta carta fue para agradecer a los hermanos la ayuda económica que le habían hecho llegar por medio de Epafrodito, uno de los obreros en Filipos, colaborador de Pablo.

Esta relación entre Pablo y la iglesia de Filipos se ve en la familiaridad con que les escribe, y como abre su corazón a los hermanos a lo largo de la epístola.

Pasamos acto seguido a introducimos en el contenido de la epístola.

El saludo (1:1-2)

Si consideramos los saludos de las otras epístolas eclesiásticas, veremos que Pablo no se presenta como apóstol únicamente a las iglesias de Macedonia, Filipos y Tesalónica. Esto nos habla de la libertad con que les escribe, con la seguridad que atenderán fielmente las indicaciones que ha recibido del Señor para ellos.

Es la primera vez que Pablo no se dirige a la iglesia como un todo, a los santos, pues hace referencia específica de sus obispos y diáconos. Los santos de Filipos forman una unidad con sus dirigentes espirituales, puesto que forman una iglesia organizada según el patrón del Nuevo Testamento.

La introducción (1:3-26)

Después de dirigirse a los hermanos, y desearles las bendiciones de Dios, Pablo les dice, abiertamente, **que son de bendición en su vida**. Todo recuerdo de ellos es motivo de gratitud al Señor, cada vez que ruega a Dios por ellos lo hace con gozo. Han sido unos compañeros fieles desde su conversión, participando en todo lo que les ha sido posible en el Evangelio desde el primer día. Pablo los tiene en el corazón, puesto que nunca le han dejado; han estado con él en las buenas y en las malas, ha diferencia de muchos otros. Han sido compañeros cuando ha estado encarcelado y cuando ha sido necesario defender el evangelio de los enemigos, así como en la confirmación del Evangelio.

Ahora que Pablo está prisionero en Roma, aun teniendo la compañía de los hermanos de aquella ciudad, añora de una manera muy especial a los filipenses; y más cuando recibe la ayuda que le envían por medio de Epafrodito, que viajó unos 1.300 kilómetros para ello, con las dificultades que esto implicaba en aquellos tiempos.

La oración de Pablo por ellos no es para que se mantengan, sino para que adelanten en la abundancia, en la excelencia, en la plenitud, teniendo presente la perspectiva del día de Cristo.

Correspondiendo al interés que han mostrado por él, Pablo les quiere informar sobre su situación. Las cosas que le han sucedido “han redundado más en provecho del evangelio”. En primer lugar, el estar bajo custodia le ha permitido hacer saber que estaba encarcelado por su fe, y hablar con detalle del Evangelio. En segundo lugar, los hermanos, al ver su actuación, se habían animado a proclamar sin miedo el Evangelio. Es cierto que algunos lo han hecho pensando que le añadirán aflicción, pero por encima de todo se consuela pensando que de todos modos “es anunciado Cristo”.

Es cierto que le preocupa la actuación de aquellos que predicán a Cristo por rivalidad. No porque tema por su vida, sino por no ser avergonzado como servidor de Jesu-Cristo, y por esto confía en la intercesión de los hermanos y en “ la suministración del Espíritu de Jesu-Cristo”.

Sabe que el resultado del proceso en Roma puede ser la muerte, es un hecho que preocupa a los hermanos, y que también él ha estado considerando. Lo cierto es que la muerte no le asusta. Su vida está dedicada al servicio del Señor, y la muerte únicamente comporta una ganancia, puesto que es el cumplimiento de su anhelo de marchar con al Señor. Él querría marchar con el Señor, puesto que no es imprescindible; pero como siervo de Cristo él quiere hacer su voluntad. Ha considerado todo esto en la presencia del Señor, y ha llegado a la conclusión que todavía no tiene que morir, que no ha acabado la tarea que el Señor le ha encomendado, y que, incluso, irá a Filipos.

La necesidad de mantenerse en la fe (1:27-2:18)

Después de anunciarles que los irá a ver pronto, les da una serie de exhortaciones que tiene en el corazón.

Hacía falta que se mantuvieran firmes (1:27-30)

Aunque estaban firmes, necesitaban vigilar, como les había advertido a los corintios: “Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga” (1Co 10:12). La vida cristiana es una vida de

lucha por la fe, en la que todos los miembros de la iglesia local habían de estar unánimes: “unánimes combatiendo juntamente por la fe del evangelio”.

Es normal, pues, que tuvieran adversarios, que les parecían muy poderosos, pero esto no los había de asustar para nada. Su manera de actuar era una evidencia de su perdición, así como el sufrir esta oposición era una evidencia de su salvación. El sufrir por Cristo es un privilegio del que Pablo disfrutaba en aquellos momentos encarcelado en Roma , y del que ellos disfrutaban en la lucha que mantenían en Filipos por la fe del Evangelio.

Tenían que seguir sintiendo lo mismo (2:1-4)

Pero parece que se estaba abriendo una grieta en la unanimidad de los filipenses por la presión de la lucha y el sufrimiento por el Evangelio. Por esto Pablo destaca la centralidad de Cristo y del Espíritu en la experiencia cristiana: amor, comunión, misericordias... Y, recordándoles el amor que le tienen, les pide que completen su gozo cerrando la grieta que se había abierto en la unanimidad: “que sintáis lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa”.

Este hecho lo concreta más tarde, en el capítulo 4, en la exhortación que hace a Evodia y Síntique, dos obreras cristianas de Filipos (4:2).

El ejemplo de Cristo (2:5-11)

Pablo no deja de hablar de Cristo a lo largo de toda la epístola de una manera directa, como aquí, o indirecta. Él es siempre el modelo perfecto, el centro de atención y devoción de todo cristiano: su persona y su obra.

En estos versículos Pablo hace una exposición doctrinal profunda, y es que la doctrina es fundamental. Con todo, la doctrina siempre la hemos de considerar teniendo presente sus implicaciones prácticas, como vemos que él hace en estos versículos: la sana doctrina tiene que hacernos vivir vidas santas.

Cristo Jesús era el modelo para aprender cómo tenían que “pensar”, y la consideración atenta y reverente de su venida redentora las tenía que dejar esto clarísimo. La primera referencia habla de como Cristo Jesús hubo de pensar para que “siendo en forma de Dios” llegase a ser “semejante a los hombres”, por encarnarse. La segunda, habla de como tuvo que mantener aquella manera de pensar “en la condición como hombre”, para humillarse “a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”, muriendo por nosotros en la cruz del Calvario.

El camino de humillación que Cristo Jesús recorrió, que lo llevó a la muerte redentora, es el mismo camino que lo volvió a la presencia del Padre con su humanidad glorificada, dónde “le ensalzó a lo sumo, y diole un nombre que es sobre todo nombre”, ahora y por la eternidad.

Hay que ocuparse en la propia salvación (2:12-18)

Para mantenerse hay que ir hacia adelante, puesto que la vida cristiana no es una realidad estática, sino en constante movimiento y renovación. Por esto manda a los filipenses que se ocupen en desarrollar su salvación, cada uno particularmente, y todos juntos colectivamente. Dios es el que obra tanto el querer como el hacer, pero ellos tenían que dejar que el Señor llevara a cabo los objetivos de la salvación en su vida para ser luz en el mundo.

Introduciendo dos obreros (2:19-30)

Parece que inicialmente Pablo pensaba acabar ya la epístola, por esto dedicó este versículo a anunciar el envío de Timoteo y de Epafrodito, dos obreros, uno a nivel intereclesial y otro a nivel local.

Los dos son presentados como obreros ejemplares. Timoteo como evangelista-misionero, con una sincera preocupación por el bien espiritual de los filipenses. Epafrodito, el representante que la Iglesia de Filipos había enviado a Pablo con ayuda

económica, como su colaborador, compañero en la lucha y servidor en su necesidad. De Timoteo destaca su carácter probado, y de Epafrodito, su trabajo esforzado y sacrificado, a la vez que recomienda que lo reciban con toda alegría y lo honren. El ejemplo de Cristo se ve en la vida de Pablo, Timoteo y Epafrodito.

Firmeza (3:1-4:3)

Cuando estaba a punto de acabar la epístola, como lo evidencia cuando dice “resta”, hay dos hechos que impiden a Pablo que lo haga: los judaizantes, y las discrepancias entre Evodia y Síntique.

Firmeza ante los perros (3:1-4:1)

Las palabras de Pablo revelan que diez años después de la Asamblea de Jerusalén todavía los judaizantes estaban vivos y activos, es más, estaban llegando o estaban a punto de hacerlo a Macedonia. Son palabras de advertencia, que les exhortaba a estar vigilantes frente aquellos impuros, ante sus enseñanzas y sus prácticas. La argumentación que Pablo les da es doble:

(1) cuando dice que ellos eran la circuncisión, señal del pacto de Dios con Israel, lo dice para indicar que los cristianos somos el verdadero pueblo de Dios en la actual dispensación.

(2) con su propio ejemplo, que muestra la inutilidad de la religión judía para la salvación, evidencia que la vida cristiana es un camino de perfección centrado en la persona de Cristo, y que describe lo que significa conducirse de esta manera.

Problemas entre obreros (4:2-3)

La otra cosa que Pablo no quería dejar de tratar era la discrepancia existente entre Evodia y Síntique, dos obreras de la Iglesia de Filipos.

La exhortación a pensar lo mismo ha sido un tema recurrente a lo largo de la epístola, puesto que lo que no hace la heterodoxia, lo puede hacer la desunión en la iglesia local. El receptor primario de esta carta, uno de los obispos, o el mismo Epafrodito,

tenía que ayudarlas a resolver este problema que ya era de conocimiento público.

Exhortaciones finales (4:5-9)

Una vez tratados estos dos asuntos, vuelve a las exhortaciones finales, antes de despedirse, lo que vemos por la nueva referencia a alegrarse en el Señor (3:1a comp. 4:4). Alegrarse en el Señor era que hacía falta mantener en todo momento y bajo cualquiera circunstancia. Ha esta exhortación añade las de:

- vivir de tal modo que la modestia de ellos fuera conocida de todos.
- recordar la proximidad del retorno del Señor.
- no estar afanosos por nada.
- vivir bajo el amparo de la paz de Dios.
- ocupar el pensamiento en todo aquello que merece la pena.
- la necesidad de practicar lo que conocían.

Unas palabras de agradecimiento (4:10-20)

Pero no puede finalizar la carta sin unas palabras de agradecimiento, ya dijimos que Pablo les escribió en respuesta a la ayuda material que la Iglesia de Filipos le había hecho llegar por medio de Epafrodito. Esto lo conmovió, de manera que dedica 11 versículos para agradecerles la ayuda.

Lo considera una muestra del interés de los hermanos para él (vv. 10-13), lo que le provocó una grande alegría en el Señor; como un medio por el cual estaban compartiendo sus aflicciones (vv. 14-17), lo cual aumenta la cuenta de sus ayudadores; y también como un suave perfume, un sacrificio aceptable, agradable a Dios (vv. 18-20), por el cual Dios suplirá toda necesidad de ellos.

Todo esto lo lleva a elevar una doxología.

Despedida (4:10-20)

Antes de acabar la epístola encomendándolos a la gracia del Señor, Pablo y los hermanos que están con él aprovechan la

ocasión para enviar saludos. No es un acto formal, como darse la mano, indica un acto más efusivo, algo así como enviar un fuerte abrazo, y que habla de una auténtica relación de amor fraternal. Encontramos los saludos de Pablo a todos los hermanos, los de aquellos que estaban con él, los de la Iglesia de Roma, y los de los de la casa de Cesar.

Todo el mundo, todos los hermanos que supieron que Pablo escribía a la Iglesia de Filipos quisieron aprovechar la oportunidad para enviar un fuerte abrazo. Unos pocos los conocían personalmente, la mayoría no, pero no dejaban de ser sus hermanos queridos, y querían que lo supieran.

La obra en Tesalónica

Pablo y sus compañeros llegaron a Tesalónica después de tener que marchar de Filipos, expulsados por las autoridades de la ciudad, dejando aquella nueva iglesia consolidada, y consolando a los hermanos.

Los evangelistas-misioneros emprendieron su camino tomando la Vía Ignaciana en dirección a la ciudad de Tesalónica, a 160 kilómetros de Filipos. Cubrieron el recorrido en tres etapas, descansado en las ciudades de Anfípolis y Apolonia. Por las palabras de Lucas, parece que fueron a Tesalónica debido a que allí había una sinagoga de los judíos.

Tesalónica era una ciudad importante a nivel político, era la capital de la provincia romana de Macedonia y donde residía el gobernador de la provincia; y a nivel económico, era una ciudad libre regida por gobernadores locales, politarcas, con un puerto muy importante, y muy rica. Su población era numerosa, unos 290.000 habitantes. Sus mujeres tenían una posición social y unos privilegios mayores que en otras partes.

La obra en la ciudad comenzó en la sinagoga de la ciudad, como acostumbraba Pablo, dónde le dieron la oportunidad de presentar el Evangelio. Durante tres sábados seguidos discutieron sobre si Jesús era el Cristo, a la luz de las Escrituras. A medida que

la gente tomaba posiciones, las cosas se fueron complicando. Entre los asistentes a la sinagoga de Tesalónica había un buen número de “griegos religiosos” y “mujeres nobles”, y fueron estos mayormente los que creyeron al Evangelio y se reunieron con Pablo y Silas, además de algunos judíos.

La estancia de Pablo y Silas allí fue corta, y por las cartas que Pablo les escribió más tarde parece que no dejaron la iglesia del todo consolidada. Durante la estancia los hermanos de Filipos le enviaron dinero en más de una ocasión (Fil 4:16), y tuvo que trabajar para cubrir sus necesidades y las de sus compañeros (1Ts 2:7-11), puesto que Pablo quería dejar claro que el Evangelio era gratuito.

Lo que sucedió en Tesalónica se parece mucho a lo que sucedió en Antioquía de Pisidia. Si Tesalónica fue la primera ciudad dónde Pablo encontró una sinagoga en Macedonia, Antioquía de Pisidia fue también la primera dónde encontró una en la provincia de Galacia. En ambas ciudades los prosélitos fueron los que mayoritariamente creyeron al Evangelio; y en ambas eso provocó los celos de los judíos incrédulos (Hch 13:45; 17:5). Así como los judíos incrédulos de Antioquía de Pisidia alentaron la persecución contra Pablo y Bernabé en Galacia, los de Tesalónica alentaron la que se produjo en Macedonia.

Una nueva iglesia nacía, formada mayoritariamente por gente del país, gentiles. Llama la atención el número de mujeres que había en ella: “no pocas”. En Antioquía de Pisidia un grupo de mujeres distinguidas gentiles que asistían a la sinagoga colaboraron para poner a las autoridades contra los evangelistas, pero en Tesalónica la mayoría de las mujeres distinguidas, que ocupaban un lugar principal en la ciudad, creyeron al Evangelio. Este hecho, el contar entre los miembros de la iglesia a mujeres de gran importancia en la ciudad, fue el medio que usó el Señor para librar a Pablo y sus compañeros de un final como el de Filipos, o peor. Y Jasón, uno de los convertidos, ofreció su casa como lugar de reunión, como Lidia lo había hecho en Filipos.

Dado que los judíos habían perdido la capacidad de influir delante de las autoridades a través de las mujeres distinguidas que asistían a la sinagoga, juntaron algunos malos hombres de la plaza, y provocaron un tumulto. Aquella turba manipulada por los judíos incrédulos fue a buscar a Pablo y Silas a casa de Jasón para llevarlos al tribunal. Seguramente la mujeres distinguidas que habían creído avisaron a los evangelistas de lo que se preparaba, y los hermanos tuvieron tiempo para esconderlos, aunque la turba tomó a Jasón y algunos hermanos, y los llevó delante de los gobernadores, los politarcas, con graves acusaciones. Eran tres acusaciones muy graves. La primera era que formaban parte de un movimiento internacional que provocaba tumultos por todas partes, y que Jasón les había dado cobertura, puesto que los había recibido y su casa se había convertido en el lugar de reunión de ellos en Tesalónica. La segunda era que actuaban en contra de los decretos del Cesar, puesto que el cristianismo no era una religión reconocida en el imperio. La tercera, y más grave, era que defendían un rey distinto a Cesar, llamado Jesús.

Estas graves acusaciones alborotaron a la multitud y a los gobernantes. Con todo se evidencia la influencia que tenía Jasón y las mujeres nobles creyentes, puesto que todo se resolvió con dinero. Jasón y los otros que estaban con él dieron la fianza exigida y los dejaron ir. Algunos comentaristas han sugerido que esta fianza había de garantizar que Pablo y Silas marcharían de Tesalónica, por la manera en que tuvieron que salir de la ciudad: “luego, de noche”.

Introducción a las Epístolas a los Tesalonicenses

Las dos cartas que Pablo escribió a la Iglesia de Tesalónica nos complementan la descripción de los acontecimientos relacionados con el establecimiento de la obra en aquella ciudad. Lo que el Apóstol no pudo hacer personalmente, lo llevó a cabo mediante sus colaboradores y la correspondencia.

Aspectos generales

Las cartas se escribieron en Corinto, durante los 18 meses que Pablo pasó en aquella ciudad. La primera fue escrita después de que Timoteo volviese con noticias sobre la obra en Tesalónica (1Ts 3:6-8). La segunda fue escrita después que Pablo supiera que había allí ciertos errores en relación a la venida del Señor, con la intención de corregirlos (2Ts 2:1-2; 3:6, 11).

Aunque Pablo es quien escribió las dos cartas, incorpora en la salutación inicial a Silvano y Timoteo, que estuvieron con él en el inicio de la obra en Tesalónica. No tuvo necesidad de recordarles su condición de Apóstol de Jesu-Cristo, evidenciando lo seguro que estaba de la obediencia de los hermanos.

Introducción a la Primera Epístola a los Tesalonicenses

Pablo dedica casi la mitad de la epístola a repasar los inicios de la obra en Tesalónica, y del desarrollo de su ministerio allí hasta aquel momento. Eso hace que esté redactada en términos muy personales, aunque es una interpretación según Dios de los acontecimientos. Hay una segunda parte más propiamente instructiva, dónde encontramos un conjunto de peticiones y exhortaciones, que introduce con la palabra “finalmente”.

Recordando la entrada del Evangelio en Tesalónica (1:2-2:16)

Pablo recuerda a los creyentes de Tesalónica la tarea que llevó a cabo y como ellos respondieron al Evangelio.

En relación al comportamiento de Pablo y sus compañeros, les recuerda que recibieron el Evangelio no solo de palabra, sino también “*en potencia, y en Espíritu Santo, y en gran plenitud*”. Fue algo más que una comunicación fiel del Evangelio, algo fundamental, puesto que Pablo y sus compañeros lo hicieron llenos del Espíritu Santo y de convicción. También mostraron valentía, después de haber sido afrentados en Filipos (2:2); evidenciaron corazones limpios (2:3-4); evidenciaron que no buscaban ningún beneficio personal, ni económico ni honores (2:5-6). Actuaron de una manera afectuosa y esforzada, hasta la fatiga física (2:7-8).

Concluye, resumiendo la manera en que se comportaron con tres palabras: santa, justa e irrepreensiblemente (2:10).

En cuanto a la manera como ellos, los tesalonicenses, recibieron el Evangelio, Pablo les ha de decir que el recuerdo lo lleva a dar gracias a Dios siempre por ellos (1:2). Los tesalonicenses recibieron la Palabra “*con mucha tribulación*”, pero eso no impidió que disfrutaran del “*gozo del Espíritu Santo*” (1:6), ni que su fe se extendiera por todo el mundo (1:8). El Apóstol resume la entrada que tuvo el Evangelio entre ellos con las siguientes palabra: “*cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar a su Hijo de los cielos*” (1:9-10). La estancia de los evangelistas fue corta, pero hicieron un buen trabajo y vieron resultados positivos, como pocas veces vemos actualmente.

Recordando como se completó el establecimiento de la Iglesia en la ciudad de Tesalónica (2:17-3:13)

La salida de Tesalónica tuvo que realizarse sin dilación, y Pablo no pudo dejar bien establecida la iglesia en aquella ciudad como acostumbraba. Más tarde procuró volver en diversas ocasiones para acabar de consolidar la Iglesia, porque la gloria y el gozo de aquellos hombres de Dios era saber que los creyentes permanecían fieles y creciendo en la gracia, pero Satanás lo impidió (2:18).

Pablo no lo podía soportar más, por eso resolvió enviar a Timoteo, que había pasado más desapercibido en Tesalónica, para que reconociese la fe de los hermanos, y los confirmara y exhortara (3:1-5), quedando solo en Atenas. Timoteo volvió con buenas noticias sobre la fe y el amor de los tesalonicenses: estaban firmes en el Señor, y eso consoló al Apóstol (3:6-9).

Mientras tanto, Pablo seguía con su ministerio intercesor a favor de la Iglesia, pidiendo a Dios poder verlos y completar las cosas que faltaban a su fe, y por su crecimiento abundante en el amor, para que sus corazones fuesen afirmados irrepreensibles en santidad delante de Dios (3:10-13).

El punto de referencia para Pablo era ante la presencia de Dios, y el momento, su venida “*con todos sus santos*”. Las nociones escatológicas que recibieron aquellos hermanos incorporaban elementos eminentemente prácticos (1:10 comp. 2:19; 3:13).

Ruegos y exhortaciones (4:1-5:22)

La parte final de la epístola comienza en el capítulo 4, y recoge una serie de ruegos y exhortaciones que abarcan casi la mitad del escrito. Las bases se habían establecido, ahora era necesario caminar y agradar al Señor cada vez más y mejor.

En primer lugar les recuerda que la voluntad de Dios para todo cristiano es la santificación, vivir separado para Dios. Pero la santificación tiene una vertiente positiva, y otra negativa: la abstinencia de la fornicación, la concupiscencia, de abusar de los hermanos o de aprovecharse de él. Es necesario atender la vertiente negativa, separarse de..., para poder vivir la vertiente positiva, acercarse a Dios (4:3-8).

Otra exhortación es a abundar más y más en el amor fraternal, como habían sido enseñados por Dios, y a vivir tranquilos, ocupándose de sus cosas y trabajando con sus manos (4:11-12).

Pero antes de poder exhortarlos a consolarse mutuamente ante la muerte de los hermanos, para que no se entristecieran como los incrédulos, les ha de explicar más amplia y detalladamente lo que sucederá a los que han muerto y a los que aun estén vivos cuando Jesús regrese a buscar a los suyos. Una vez más se presentan las implicaciones prácticas de la doctrina, y en concreto de la escatología (4:13-18).

Otra exhortación, que tiene como referencia “*el día del Señor*”, les recuerda que los cristianos no tenemos excusa para que el día de nuestro encuentro con el Señor nos tome desprevenidos, dormidos, puesto que sabemos que podemos venir a la presencia del Señor en cualquier momento, por lo que hemos de mantenernos velando y siendo sobrios (5:1-10).

Pablo les recuerda que todos están capacitados para exhortarse

y edificarse mutuamente, y deben seguir haciéndolo como lo habían hecho hasta aquel momento (5:11).

Algunos, entre ellos, estaban asumiendo esforzadamente responsabilidades pastorales, que se describen con las palabras trabajar, presidir y amonestar, y era preciso que los reconocieran y estimasen mucho por la obra que hacían, en vez de quejarse si no lo hacían todo perfectamente: “*Tened paz los unos con los otros*”. Les rogaba que lo hicieran (5.12-13).

Pero algunos no acababan de progresar, y parece que no sabían como actuar. Pablo les exhorta a amonestar a los que andan desordenadamente, consolar los de poco ánimo, soportar a los flacos y ser sufridos para con todos (5:14). Algo que deberá afrontar nuevamente en la segunda epístola.

También les exhorta a procurar buscar siempre el bien, incluso para aquellos que les hagan daño; a vivir gozosos, orar incesantemente, dar gracias por todo, no apagar el Espíritu ni menospreciar las profecías, examinar todas las cosas, retener únicamente lo bueno, y en general abstenerse de toda especie de mal.

Despedida (5:23-28)

Pablo dedica las últimas palabras a recordar a los hermanos y a sí mismo, que es Dios quien les ha de santificar completamente, y que les ha de guardar íntegramente irreprehensibles hasta la venida del Señor, aunque la expresión “*sea guardado*” parezca indicar que ellos tenían una parte importante de responsabilidad en que fuera posible.

Les pide que oren por ellos, saluda a los hermanos con un beso santo, mostrando su sincero aprecio por ellos, y les requiere que la carta fuese leída a todos.

Una vez más acaba como había comenzado, invocando la gracia de Dios.

Introducción a la Segunda Epístola a los Tesalonicenses

Pablo escribió esta segunda Epístola a los Tesalonicenses pocos meses después de la primera, cuando recibió nuevas noticias de como iban las cosas en aquella nueva iglesia local, desde la misma ciudad de Corinto.

El tema escatológico ocupa una parte importante de la epístola, como en la primera, puesto que era necesario corregir cierto error doctrinal que les había llegado sobre que “*el día del Cristo*” estaba cerca (2Ts 2:2c). El otro tema que trata ampliamente está relacionado con la necesidad de aplicar disciplina a aquellos que andan fuera de orden.

La vida espiritual de los tesalonicenses (cap. 1)

Las noticias que Pablo había recibido sobre la vida espiritual de los tesalonicenses eran muy buenas. Si en la primera carta les dijo que el recuerdo de la conversión de ellos le llevaba a dar siempre gracias a Dios por ellos, ahora tenía motivos para dar siempre gracias a Dios por como marchaba la vida espiritual de ellos. La fe de los hermanos crecía cada día más y más, su amor cristiano aumentaba, y en medio de todas las persecuciones y aflicciones mostraban perseverancia y fe firme. Pablo no puede hacer otra cosa que manifestar su satisfacción delante de las iglesias de Dios.

Queriendo ayudarles en medio de las tribulaciones y aflicciones que soportaban, lo contextualiza escatológicamente, y les dice que la perseverancia y la fe que mostraban evidenciaba que sufrían por el reino de Dios, del que eran considerados dignos; y que era justo que Dios pagara con tribulación a los que los afligían, pues era el castigo para los que no conocían a Dios ni obedecían al Evangelio. La manifestación del Señor Jesús tiene una vertiente gloriosa, para los creyentes, y otra de juicio, para los incrédulos.

Pablo oraba por todo lo que haría que el nombre del Señor fuese glorificado en ellos, y ellos con el Señor.

Una sección de exhortación (2:1-3:15)

Pablo divide las exhortaciones a los tesalonicenses en dos partes. *La primera exhortación* la introduce con un ruego. El tema de la venida del día de Cristo no estaba claro en Tesalónica, y ciertas “noticias” que circulaban entre los creyentes los estaban confundiendo, conturbando e, incluso, engañando. Los rumores habían llegado por tres medios: “Algunos estaban diciendo que Pablo había tenido una revelación sobrenatural que el Día del Señor ya había comenzado... Otros, ya sea que desfiguraron un mensaje o lo inventaron, decían que Pablo había estado disertando sobre el tema y había proclamado que el Día del Señor ya estaba aquí... Aún otros habían evidentemente falsificado una carta como si fuera escrito de Pablo, en la cual se declaraba que el Día del Señor estaba presente” (Ryrie, p. 81). El Apóstol indica que antes de eso había de venir la apostasía y la manifestación del Anticristo, y que otra cosa era que en aquellos momentos estuviera actuando el misterio de iniquidad.

La segunda exhortación es que se mantuvieran firmes y retuvieran la “doctrina” que habían aprendido.

La tercera exhortación tiene la fuerza de un mandamiento declarado, y establece cómo habían de actuar frente a los hermanos que no caminaban según la enseñanza apostólica. La disciplina eclesiástica ha de servir para corregir los errores de doctrina y vida que afectan el testimonio del Evangelio. Se ha de aplicar a todo aquel que no camine según la enseñanza apostólica (3:, 13), y se describe así: apartaos, notad y no os juntéis. El propósito era que la amonestación lo avergonzara (3: 14-15), y habían que tener cuidado de no tratarlo como a un enemigo, puesto que era un hermano. El hecho es que algunos hermanos habían dejado de trabajar, y se dedicaban a enredar por todas partes, creando problemas en la Iglesia, además de ser una carga económica.

La triple oración de Pablo

Pero no queremos dejar de destacar tres cosas que Pablo pedía a los hermanos de Tesalónica. La primera, que el Señor los consolara y confirmase en toda buena palabra y obra (2:16-17). La segunda, que el Señor dirigiese sus corazones hacia el amor de Dios y la paciencia de Cristo (3:5). Y la tercera, que el Señor les diese paz en todo momento y manera (3:6). Esta triple oración no era otra cosa que la concreción de aquella oración constante de la que Pablo les había hablado en los versículos 11 y 12 del primer capítulo.

La conclusión (3:16-18)

Pablo les explica como mostraba que una carta era realmente suya, para mostrar la falsedad de aquella carta de la que ha hablado al principio del segundo capítulo, que algunos le atribuían. Y se despide con la misma invocación a la gracia de Dios con que comenzó.

“Enviaron a Pablo y a Silas a Berea”

Cuando los hermanos de Tesalónica sacaron a Pablo y Silas de la ciudad, los llevaron a la ciudad macedónica de Berea, a unos 80 kms. hacia el sur. Les pareció suficiente distancia como para proteger a los misioneros de sus perseguidores.

Pero, la aparente retirada hace que la predicción del Evangelio comience en una nueva población y región. Una vez más, Pablo y Silas buscan la sinagoga de la ciudad para presentarles el Evangelio a los judíos en primer lugar. Los judíos de Tesalónica no habían recibido ninguna información sobre aquellos misioneros, y les permiten presentar el Evangelio a la comunidad- Pero en estos judíos de Berea había una nobleza especial, que los hacía diferentes de los de Tesalónica: contrastaban todo lo que se les decía a la luz de las Escrituras. Su patrón para aceptar o rechazar cualquier cuestión de fe era si estaba de acuerdo con las Escrituras o no. El interés de ellos se evidenció en el hecho de que se dedicaron a esta tarea en profundidad: “escrudriñando cada día las Escrituras”.

El resultado de aquellas reuniones de examen bíblico dio como resultado que “creyeron muchos de ellos”, así como un grupo de mujeres griegas distinguidas que asistían a las reuniones, y un buen número de hombres gentiles que con ellos se juntaban. Parece ser que un grupo numeroso de los asistentes a la sinagoga de la ciudad formaron la primera iglesia cristiana de Berea.

Pablo y sus compañeros pudieron seguir realizando la tarea de establecer la Iglesia allí: bautizando a los convertidos, y enseñando el significado de la vida cristiana y la doctrina. El hecho destacado del establecimiento de una iglesia en Berea llegó a oídos de la sinagoga de Tesalónica, que rápidamente envió un grupo para alborotar las multitudes. Una vez más Pablo tuvo que salir corriendo, pero esta vez Silas y Timoteo pudieron quedarse en Berea para acabar la obra que se había comenzado.

Edicions Cristianes Bíbliques